

Humberto Acevedo

La elocuencia del destino

Poeta, El Salvador

[vidyapati\\_2000@yahoo.com](mailto:vidyapati_2000@yahoo.com)

Uno no termina con la nariz rota por escribir mal;  
al contrario, escribimos porque nos hemos roto la nariz  
y no tenemos ningún lugar al que ir.

*Antón Chéjov*

Los días absorben la vida y sus pensamientos, pasa el invierno, y alguien nuevo se muda al vecindario; así inevitablemente de pronto aparecen los amigos, y con una agilidad sorprendente uno comienza a otorgarle a la amistad cualidades y facultades especiales. Mientras los amigos de la juventud desaparecen, otros inauguran nuevos asideros, Rafael fue uno de los nuevos amigos, y sabía que se trataba de una larga amistad.

Conocí a Rafael en ciudad de México en 1984 a través de Leo Argüello, un buen amigo en común y nuestro “delear” de música, libros y teatro, y cuando digo que lo conocí me refiero a que compartí muchas de sus aficiones: Frank Zappa y the Mothers of Invention, el blues, los delicados con filtro, su amplísima cultura literaria, la Coca-Cola, y las agitadas conversaciones sobre política; la visión totalizante de los años ochentas era extremista, y en muchas ocasiones hilarante.

La lectura, como la conversación fueron dos habilidades que cultivamos, y la primera ocurrió cuando Rafael comenzó a entregarme documentos fotocopiados y engargolados para que

los leyera, recuerdo que una tarde de mayo de 1984, esperando sentados en la banqueta a Alberto Celarié, actor y director salvadoreño, me dio a leer un documento y me dijo: léetela y luego platicamos. Era la novela *Historia del traidor de Nunca Jamás*, obra con la que ganó el premio narrativa certamen latinoamericano EDUCA 1984. Las pulsaciones interiores de la novela son de una experimentación de recursos estilísticos: la alternancia de voces de los personajes y el narrador, el *flash back*, la ruptura de la sintaxis y la recuperación de expresiones lúdicas, pero con una participación ideológica evidente. La política y la literatura no es lo más afortunado, como bien lo dice Antón Chéjov: “El arte tiene esta grandeza particular: no tolera la mentira. Se puede mentir en el amor, en la política, en la medicina, se puede engañar a la gente e incluso a Dios, pero en el arte no se puede mentir.” En esta experiencia advertí las tareas y responsabilidades del lector, siempre ante un problema, como lo es la ideología y el arte, hay que aplicar el numen del pensamiento, sin dados cargados y con los fuertes motivos que unen a la literatura con la vida. A veces los libros que nos dan a leer son comprometedores, sentimos como lectores que esperan de uno la amistad, y por ende respuestas con alabanzas, pero con Rafael era todo lo contrario, yo me sentí siempre muy libre de expresarle mis desacuerdos, y él, con la generosidad que siempre lo caracterizó, descubría para saber más lo que puede y no puede hacer un texto literario en los lectores. Creo que en este momento fue cuando nuestra amistad se hizo más fuerte. Luego llegaron otros textos literarios: *Los años marchitos*, *Trece*, *Algunas de las muertes*, *¿Estamos de acuerdo?*, entre otros, este último libro es un debate entre G. K. Chesterton y Bernard Shaw, con Hilaire Belloc como moderador, fue una excelente traducción que para Rafael se convirtió en un enorme placer, traducido para la serie Debate de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) 1997, México. Y finalmente llegó *Instrucciones para vivir sin piel*, texto en el que participé como editor. He de confesar que tengo una asignatura pendiente: no he leído toda la obra de Rafael, tema que se ha convertido en una necesidad.

Las llamadas por teléfono con Rafael aunque no muy frecuentes, siempre las hicimos cada año, y cada vez que la bocina del teléfono hacía las veces de maravilla electrónica, repasábamos la historia, la sobrevivencia y lo inmediato; en ese destino elocuente que nos hace ver y sentir la

vida de los otros, de pronto surgió y comenzó a esbozarse la posibilidad de publicar *Instrucciones para vivir sin piel*, que hasta entonces solo había sido publicada en francés, traducida y editada por Thierry Davo. El 14 de octubre de 2008, en la octava feria del libro en el Zócalo de la ciudad de México, presentamos en el foro Víctor Hugo Rascón Banda, la primera edición en español de *Instrucciones para vivir sin piel* publicada por La Orquídea Errante, una editorial que dirijo precisamente para promover la libertad de la imaginación. Fue la última vez que vi con vida a Rafael, también fue un momento para reencontrarme con Eunice y Eduardo, sus hijos.

Esta presentación resultó algo inusual, como bien lo describió Rafael en su blog: “[...] entró un hombre con serios síntomas de borrachera y de algo más fuerte, y comenzó a hablar a voz en grito.” – “Y vino la primera pregunta de Serrato, el presentador del libro y catedrático de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), que me desconcertó bastante. Me preguntó qué se sentía presentar un libro ante un público tan mediocre, al que le “valía madre la literatura” (textual) y que sólo estaba allí casi casi por inercia, para tener algo que hacer, y que seguramente no compraría ni leería mi libro; que qué pensaba de gente que llegaba drogada a ese tipo de cosas, y que si no me sentía frustrado.”

También sucedió otro acontecimiento en otra actividad a la que estaba invitado Rafael como expositor en el marco de la feria del libro, me tocó a mí moderar la mesa: “La muerte de las utopías en Centro América”, un tema por demás ambiguo, y también con la participación de Omar Cabezas de Nicaragua y Rodrigo Rey Rosa de Guatemala; Omar Cabezas fue increpado por alguien del público exigiéndole la pronta restitución de los derechos civiles y humanos al poeta Ernesto Cardenal, asediado en ese entonces por el gobierno sandinista de Daniel Ortega, todo esto se podría calificar de escandaloso, pero la verdad es que lo tomamos como algo inesperadamente recreativo.

El libro se agotó, y me dio mucho gusto ver a Rafael en el stand de La Orquídea Errante conversando con muchos jóvenes, que se le acercaban para que les firmara el libro; con un gesto de satisfacción, su mirada sonriente y la voz de niño que siempre tuvo, convertía la geometría de sus argumentos y explicaciones en imaginación liberada.

No tengo la menor duda que aquello que le da identidad a la novela de Rafael es esa dimensión creativa de impecable simultaneidad, la trepidante destreza narrativa que termina en la convulsión del personaje principal y narrador en muchas de sus obras, y esa crudeza descriptiva con tono seco y directo, que ha hecho de Rafael Menjívar Ochoa uno de los mejores exponentes latinoamericanos de la novela negra. El discurso literario en la obra de Rafael muestra el rostro de la traición, la profecía cumplida que nos arrebató la tranquilidad al caminar, la sinceridad al conversar y el mundo emocionado de la juventud, una suerte de calamidad, esa condicionalidad del ser humano vinculado a la siniestra estructura del poder. Como dijera Foucault: “nadie se quiere perder la experiencia del poder”, y desde esta perspectiva el estilo está cargada de verbos en movimiento que sacuden y generan perturbación; la conciencia de una voz omnipresente, la de la muerte, o de una primera persona amordazada se convierte en el centro gravitacional del desasosiego. En los personajes ya no hay arrepentimiento, sólo el escondido ojo, la escondida cabeza, el escondido corazón, esa mirada cruel, y la triste alegría que se hace nudo en la garganta; el anonimato, la desaparición, y la voz misteriosa que pertenece a unos muertos o a unos medio vivos es deliberadamente repetida una y otra vez de manera violenta hasta que perdemos la cordura, para que la lectura se convierte en algo martillante, quizá sórdido, y en ciertos momentos estar boca abajo sometidos por un cañón que no sabemos de dónde salió. Una sucesión de acontecimientos que en su unidad de acción descubren las vísceras malolientes de una sociedad cada vez más violenta, exageradamente hipócrita y deformante en su doble moral.

Rafael no es un historiador de ideas, es un artista en ficcionalizar la historia, hace estallar la imagen de la angustia existencial en esa otra exigencia de mostrar la verdadera vida sobre las ruinas de una realidad, de un mundo invadido por criminales y traidores. Por eso, en las novelas de Rafael es imposible separar al ciudadano honorable y patriota de la mentira, de los hombres se puede esperar lo malo y lo bueno. Esta es la tesis en la novela de Rafael, ya no engañarnos con la esperanza de ideologías salvadoras del mundo, ideas puramente intelectuales que resultan desconcertantes y falsas.

Penetrar en lo oculto de la condición humana y en la profundidad de las confidencias que desenmascaran al héroe y al cobarde, es el trabajo narrativo al que se dedica el escritor. Rafael muestra estas contradicciones y descubre la perversión, la orgía del poder y la ausencia de límites; y en el momento que le encomienda al personaje husmear en la vida privada de alguien, asesinar o suicidarse, se presenta la irracionalidad y nos hace cómplices a todos.

Con cuánta facilidad nos desgastamos en consignas carentes de valentía, me dijo alguna vez Rafael, y escribió pensando sobre el peligro de la resignación. Lo funesto del tiempo novelado nos invita a pensar y reflexionar, que la justicia se ha convertido en un concepto vacío, pero también esperamos ver resurgir la solidaridad humana, esa que buscó incansablemente Rafael con su máquina Olympia, con una mano sosteniendo entre los dedos un cigarrillo y con el dedo índice de la derecha tecleando y afirmando que su trabajo expresa las pulsaciones de vida y muerte tal como se manifiesta en su naturalidad, y no como la demencia social con que se ejecutan unos a otros. La obra de Rafael, también es un argumento sólido contra la homogeneidad y la uniformidad del pensamiento y el arte, no hay nada más ridículo que democratizar la creación y la espiritualidad, esos son afanes perennes del espíritu que no se fijan en principios políticos. La vida pública continuará pagando el precio de los errores de una clase política obsesionada con el poder, pero el arte y la literatura tienen una figura robusta, inapresable, y con la multiplicidad de misterios y descubrimientos, que justifica en sí misma la presencia inalterable de la vida: lo más evidente de la existencia humana es la desigualdad, pero no la grave desigualdad social que espero no dure para siempre, sino la que nos confiere el derecho a la individualidad, esa natural forma de ser únicos con talentos y facultades, porque la sociedad de masas es un fracaso, y una persona sensible no puede ser masa.

Unas horas antes de comenzar a escribir este texto, me comuniqué con mi amigo Leo Argüello en Montreal, para preguntarle algunas cosas que mi memoria había perdido en este azaroso devenir del tiempo, y cuando nos reíamos de tantas anécdotas que se nos agolparon con la mirada desaparecida en el tiempo, y buscando al amigo entre tanta admiración, me di cuenta que Rafael para sus amigos más íntimos nunca fue Rafael, ni Menjívar, ni Ochoa sino que fue

“Lito” así lo tuteábamos, así lo queríamos; ahí se encuentra lo particular, lo único, y lo que nos pertenece a cada uno de la amistad: lo imborrable de la vida vivida.

No puedo con el hecho contundente que Rafael está muerto, así que el próximo año le llamaré por teléfono, y le enviaré una postal contándole los menesteres de la cotidianeidad.

México, D.F., miércoles 20 de julio del 2011